

AGUSTÍN ALVAREZ VILLABLANCA

DOS FILOSOFOS ALEMANES EN EL
BANQUILLO. CULPABILIDAD
Y ESPERANZA

ALEMANIA HA SIDO, desde hace siglos, una nación de filósofos, de profesores y de doctores. El "Herr Professor" y el "Herr Doktor", constituyen en aquel país categorías sociales e intelectuales, a las que se reconoce sus títulos y sus méritos y se rinde pleitesía. Melanchton, colaborador de Lutero, filósofo y maestro, además de teólogo, ostentó en vida el honorífico apodo de "preceptor germaniae", por una especie de consenso popular.

La dignidad académica va permanentemente unida a la calidad intelectual y el que es "doctor", lo es por derecho adquirido y mantenido a lo largo de una vida de trabajo y de investigación o producción científica, filosófica o literaria; a veces, también, política. Filósofos hubo que no desdeñaron, como un Platón o un Aristóteles, el campo de la filosofía política y hasta de la política práctica. Tal un Leibniz, con sus actividades diplomáticas; o un Kant, con sus escritos; o un Hegel, con sus doctrinas acerca del Estado; o un Fichte, con sus "Discursos a la Nación Alemana".

Los políticos alemanes recurrieron a menudo a las fuentes de la filosofía, de la metafísica, para cimentar sus doctrinas, o fueron filósofos ellos mismos: Rathenau y Stresseman lo fueron. El nacional socialismo entró a saco, desvirtuándolo, en el pensamiento de Nietzsche, para justificar teóricamente las barrabasadas de Hitler y tuvo también sus seudofilósofos.

A partir de Hegel los más grandes filósofos alemanes se desentendieron bastante de la política de su tiempo, con excepción de su rebelde y gran discípulo Marx, que puso "de cabeza" parte de la doctrina del maestro. En estos días aciagos del mundo, mientras Alemania se repone materialmente de los destrozos de la Segunda Guerra Mundial, algunos filósofos no han podido desoir "el recóndito lla-

mado de la historia", como diría Ortega y Gasset. Karl Jaspers y Ernst Bloch son dos ejemplos de cómo la realidad histórica inmediata puede golpear, incluso, las puertas de la metafísica.

El primero, a raíz de haber sido despojado de su cátedra por el régimen nacional socialista, fue llamado a Basilea, donde aún permanece, en una suerte de exilio voluntario, con una que otra aparición por la Alemania Federal. Junto a Martín Heidegger es Jaspers, casi a los 80 años de edad, uno de los más grandes filósofos alemanes supervivientes.

Ernst Bloch, menos conocido que Jaspers y Heidegger, profesor jubilado de la Universidad Karl Marx, de Leipzig, es el más discutido filósofo de la Alemania Popular u Oriental. A los 75 años de edad publicó el tercer tomo de su última obra *Prinzip Hoffnung* ("El Principio Esperanza"). Entre "El Espíritu de la Utopía", publicado por Bloch en 1918, hasta "El Principio Esperanza", podría establecerse un parangón que nos revelaría facetas interesantes en la evolución del pensamiento de Bloch; pero no es ése el objeto de estas someras noticias.



Jaspers y Bloch, separados por la cortina de acero, preocupan hoy agudamente al pensamiento filosófico-político de ambas Alemanias.

Jaspers, a poco de terminada la Segunda Guerra Mundial, planteó su doctrina de la culpabilidad del pueblo alemán y de que Alemania debía expiar esa culpa, que ya estaba expiando con la división de su territorio como consecuencia de la guerra a que se dejó conducir por Hitler.

Para quienes estén familiarizados con el pensamiento filosófico de Jaspers, la posición del filósofo no puede ser más consecuente. La filosofía trata siempre de reducir todo lo que despierta su interés "a una forma fundamental, a un principio dominante o a un axioma". La filosofía es concebida por Jaspers como una experiencia integral que no excluye la razón y debe, por lo tanto, estar atenta a la realidad circundante, porque, previa a la metafísica, debe haber "una orientación en el mundo" y "una dilucidación de la existencia". Esta "orientación en el mundo" nos muestra a la existencia como algo que "está en las cosas", en un mundo formado de situaciones diversas que, cuando se le observa exteriormente, se nos presenta como objetividad. Es aquí donde surge la tragedia del filósofo y, especialmente de la metafísica,

en esta "tensión entre la existencia histórica y contingente y la seguridad de una verdad absoluta", que es la que busca el filósofo.

Al observar su mundo como algo objetivo y el plantear el principio de la culpabilidad como verdad histórico-metafísica, el impacto sobre el sentimiento de los alemanes occidentales fue formidable. Jaspers, sin intención propiamente política, se permitía revolver el puñal en la herida aún no cicatrizada y le abría los ojos a las nuevas generaciones, a las cuales se les ocultaban cuidadosamente las atrocidades físicas y espirituales del período hitleriano. ¿Qué mayor prueba de culpabilidad que este afán de ocultar los hechos pasados?

Jaspers sacude nuevamente el ambiente filosófico-político alemán con motivo de las deliberaciones en torno al problema de la reunificación de Alemania. En ambos sectores se busca, no sólo una fórmula política, un "modus operandi", sino también una justificación teórica a las irreductibles posiciones mantenidas. Para esto último se recurre a los filósofos y a los sociólogos. En uno de sus últimos viajes a Alemania, Jaspers no pudo eludir una entrevista por radio sobre el asunto, especialmente después de la publicación de un libro sobre la guerra atómica, tema aparentemente ajeno a la reflexión filosófica.

Ante seis millones de radioescuchas de la Alemania Federal, Jaspers expresó sin ambages su pensamiento, que fue comentado por todas las revistas y los periódicos alemanes a ambos lados de la cortina. "La exigencia de la reunificación —dijo— no sólo es irreal en el hecho, sino también irreal en el sentido íntimo, político y filosófico". "El pensamiento de la reunificación descansa en que se toma el Estado de Bismarck como modelo". "El Estado de Bismarck es, por virtud de los acontecimientos un pasado irrevocable". La reunificación es, por decirlo así, la consecuencia de que no se quiere reconocer lo que ha acontecido".

Interrogado por el locutor, que no podía disimular su alarma, acerca de sí, según su opinión, los alemanes debían renunciar a la exigencia de la unidad nacional, el filósofo contestó sin vacilar: "En el hecho, soy de esa opinión".

Fácil es comprender el revuelo que tales declaraciones causaron en la Alemania Occidental. Los comentaristas argumentaban en contra que "no se trata sólo de la unidad, sino de la libertad de los habitantes de la Alemania Oriental". En el fondo del pensamiento de Jaspers, opinaban otros, yace la idea de que la reunificación no es tanto irreal en sí como imposible de realizarse por el momento. En todo caso, en semejante idea existía una evidente contradicción, el grotesco pensamiento de que la unificación alemana no debe expre-

sarse como una demanda inmediata, porque, según Jaspers, es "irreal en la reflexión filosófica". ¿Se estará tornando pragmatista Jaspers?, se preguntan algunos.

Se acusa, igualmente, al filósofo de Basilea, de ser el más alto representante intelectual de la ideología de la NATO "que trata de convencer a los alemanes occidentales de que no deben preocuparse de los alemanes orientales". En lugar de ello, los alemanes occidentales deberían emprender una tarea más amplia, "deberían luchar por liberar a todos los pueblos y todas las razas del yugo bolchevique". Una suerte de imperialismo de la libertad. Después que los filósofos del "rock back" —insisten los impugnadores de Jaspers— le han discutido a los alemanes occidentales el derecho a preocuparse de la unidad y han tratado de infundirles ideas morales extrañas, después que esta filosofía se ha ahogado en sí misma, nos viene a confesar Jaspers su verdadera opinión: la unidad es "sin sentido"; la división, en cambio, según el sentido de la historia, "está llena de sentido".

Lo que Hegel fue para el Estado prusiano, sería Jaspers para la NATO. Pero los detractores occidentales de Jaspers se olvidan de algo que, para el filósofo, es fundamental: el sentido de los acontecimientos del pasado. Hitler, según Jaspers, reeditó el Estado prusiano, lo que fue un error, porque el pasado no puede reeditarse. Aquello de que la historia se repite es una falacia, un contrasentido histórico. La "Gleichschaltung" de Hitler, la unificación o armonización de todos los Estados (Länder) alemanes en un Estado fuertemente centralizado, monolítico, y manejado por un Führer, no fue sino un ensayo en grande de prusianismo.

Jaspers tampoco se escapa de la acusación de fascista y, a este propósito, se citan párrafos de su último libro sobre la guerra atómica: "Tras la destrucción de nueve décimas partes de la humanidad, al final, sin embargo, se impondrá el pueblo; el Estado triunfará, porque acabará luchando con el viejo espíritu de sacrificio. Con ello serán destruidos los representantes del sentimiento belicista, del "espíritu del soldado", y se fundará sobre nuevas bases el espíritu de sacrificio". *

Jaspers, con todo su prestigio, se ha hecho antipático a ciertos círculos alemanes occidentales. Hoy se sienta en el banquillo de los acusados: por su herejía acerca de la culpabilidad alemana; por plantear el problema de la reunificación desde un punto de vista filosófico y no político, y porque sus palabras recordarían la fraseología del nacional socialismo por más que sus expresiones, en el fondo,

sean las mismas del nacionalismo alemán tal como podemos encontrarlo en un Fichte o en un Hegel.

*

✻

✻

El caso de Ernst Bloch, en la Alemania Oriental, no es menos trágico, intelectual y políticamente considerado. Bloch, de origen judío, nació el año 1885 en Ludwischafen. El período más fructífero de su obra, realizada en los Estados Unidos de Norteamérica, puede fijarse entre 1938 y 1947. En 1949 regresó a Alemania Oriental y fue nombrado director del Instituto de Filosofía de la Universidad "Karl Marx" de Leibniz. En 1957 se le jubiló obligatoriamente a causa de "la perniciosa influencia que su filosofía ejercía sobre ciertos medios intelectuales y sobre los estudiantes". El tercer tomo de su "Principio Esperanza" (Prinzip Hoffnung) ha sido objeto de vehementes ataques, especialmente porque se cree ver en su filosofía una "modalidad del pensamiento religioso". Para algunos comentaristas occidentales, que ven con simpatía la supuesta posición poco marxista de Bloch, en su pensamiento se manifiesta cierta raigambre judaica.

En "El Principio Esperanza" tiende Bloch a comprender la historia entera del hombre a partir de tal principio. Todo lo humano se halla expuesto a la luz que proyecta la esperanza. La "investigación del conocimiento anticipado" sirve para darnos a conocer esta luz que aún no ha llegado, pero que nos incita a que reconozcamos hasta qué punto se halla "contenida en ella toda la trama del misterio del mundo" (Cit. por W. Strolz en "El Marxista y la Esperanza", Revista Humboldt, Núm. 8, 1961).

La filosofía de Bloch no concuerda, indudablemente, ciento por ciento, con los cánones marxistas, porque, en lo esencial, trata de desarrollar un solo tema: la utopía. El marxismo se considera a sí mismo no sólo como un gran paso más allá del socialismo utópico de comienzos del siglo pasado, sino de toda utopía.

Según Bloch, el mundo y el hombre no están aún acabados, completos, sino que tienden a una realización consubstancial a su naturaleza, pero que aún no puede ser concretamente definida, que aún no se ha manifestado. El mundo no está terminado, pero en esta constante prefiguración de la esperanza, en esta aspiración a encontrar su forma, todo en el mundo es un impulso hacia el crecimiento hacia el progreso. La esencia todavía recóndita del hombre se hace cada día más clara, más evidente, a través de la creación artística, de la filosofía, de las utopías sociales, de las religiones universales y hasta

de las catástrofes. "El presente vive en el futuro, que sigue siendo escrutado infatigablemente. Yo soy, pero no me poseo. Por eso estamos en proceso de llegar a ser".

Esta última idea no es nueva. La encontramos en Nietzsche, en su formulación de que el hombre es todavía un ser inacabado, incompleto, que sólo se realizará en el superhombre. Por supuesto que esta idea no puede cuajar en la filosofía marxista, a pesar de los esfuerzos de Bloch para conjugar su pensamiento con la doctrina oficial cuando acepta que el socialismo, con su aspiración a una sociedad sin clases, es el método más adecuado para alcanzar la meta final del "mundo como hogar" (*Die Welt als Heimat*). Sin embargo, Bloch se ve obligado a confesar que todas las realizaciones actuales del socialismo se hallan todavía muy lejos del utópico "Reino de la Libertad".

Esta acentuación de lo utópico en todo proyecto humano, marxista o no marxista, y la formulación de la esperanza como un principio de la filosofía, a la misma altura del principio de contradicción, de causalidad o de transformación, no podía menos que erizar la piel de los jefes de la Alemania Oriental. Temen ellos, con razón, que el régimen y la ideología vigente puedan ser degradados al nivel de meros fenómenos pasajeros. "Si la esperanza —se argumenta en contra— hubiera de ser elevada a principio de la existencia humana, lo que sería válido tanto para los marxistas como para los antimarxistas, el valor de las creaciones socialistas se haría relativo".

Bloch cae a veces en el mesianismo de las palabras cuando dice que "en último predicado, el espíritu de la utopía es toda gran aseveración". De allí a considerar a Stalin como un gran utopista, como un hombre de grandes palabras dirigidas al futuro, no hay más que un paso que Bloch parece no vaciló en dar en sus lecciones de Leipzig.

Si se aceptara la doctrina de Bloch, el determinismo marxista en lo histórico perdería totalmente su vigencia. Bloch afirma que es el hombre mismo quien determina su historia y en esta determinación tiene múltiples posibilidades. "La decisión no se ha producido todavía y la cosa misma no ha surgido aún". No comprendemos lo que el filósofo de Leipzig entiende por "la cosa misma". No se trata, desde luego, de "la cosa en sí" de Kant. ¿Se trata, tal vez, del "Reino de la Libertad" con que sueña Bloch en uno de los capítulos de su libro? ¿Dónde reside ese reino? Indudablemente, nos hallamos aquí pisando el terreno de la herejía.

Y Bloch insiste: "Si lo positivo es proceso y si el ser no existe en absoluto en su plenitud inicial e insuperable, necesitará para su

desarrollo y perfección, su expresión y su presencia histórica, una fuerza favorable. Esta "raíz de la generación humana" y "de la historia es el hombre que trabaja y crea, que transforma y supera las circunstancias". Este es un *a priori*, según Bloch, que sólo la filosofía del marxismo reconoce totalmente. Dice Walter Strolz —comentando a Bloch—: "Por fundarse el marxismo sólo en el hombre, es también el único humanismo legítimo, como lo ha entendido el propio Marx, al designarlo en su última voluntad como "el desarrollo de la riqueza de la naturaleza humana". Por último, el marxismo toma en serio el "sueño de la edad de oro", ya que tiene valor y energía para llevar a efecto el anhelo del hombre de lograr una vida mejor, pero no un más allá mitológico, sino aquí en este mundo". Textualmente expresa Bloch: "El marxismo, debidamente practicado, liberado y descargado en lo posible del mal vecino, es desde su origen "humant y in action", la figura humana en su realización. Busca, propone y sigue el único camino auténtico para conseguirlo; y sólo así será inevitable su porvenir y tomará carta de naturaleza en todos los países" (Tomo II, pág. 1608, "Das Prinzip Hoffnung").

Las ideas de Bloch encontraron eco en la juventud alemana durante el período álgido de la condenación del stalinismo, pero fueron acremente censuradas tras el fracaso de la subversión húngara. Cuando Bloch fue llamado a retiro forzoso en 1957 los dos primeros tomos de su "Principio Esperanza" desaparecieron de las librerías de la Alemania Oriental. Se le acusó, como a Sócrates, de corruptor de la juventud. "¿Qué clase de filosofía es ésa —escribía el profesor Kurt Hager— que conduce a tales resultados políticos e inficiona de esa manera a los hijos de los trabajadores y de los campesinos y a los jóvenes camaradas?"

El último tomo de su obra se publicó después de tres años bajo la promesa de Bloch de aclarar su posición filosófica. Salió del paso afirmando que es un fiel ciudadano de la República Democrática Alemana y que se halla distante de los provocadores de guerra de la Alemania Occidental, quienes han abusado políticamente de su nombre. Tuvo, sin embargo, buen cuidado de no pronunciarse acerca de sus principios filosóficos.

Los alemanes occidentales han sabido aprovecharse de la situación de Bloch y están reeditando sus obras. Los orientales, a su vez, están explotando en su beneficio ciertos aspectos del pensamiento de Jaspers, especialmente el que se refiere a la culpabilidad alemana aun cuando tienen sus reservas respecto a la imposibilidad de la reunificación.

La publicación del tercer tomo del "Principio Esperanza" ha significado una reanudación de los ataques contra Bloch. Se le critica su estilo poético y no científico. Quien, como Bloch, habla en parábolas e insinuaciones, nada sabe concreta y correctamente. Quien filosofa en forma poética y obscura, expresa lo que es dudoso. El principio esperanza es un error, un producto espiritual de la burguesía, un anacronismo, la restauración de un modo de pensar que la historia ha superado.

Bloch contrargumenta que su filosofía de la esperanza se opone a la filosofía de la desesperación, del existencialismo y llama a Heidegger "El Profesor del Miedo y de la Angustia".

Se objeta a Bloch que fundamenta su optimismo, no en "el aquí y el ahora", sino en "la obscuridad y el secreto de un futuro lejano". El ideólogo del comunismo de la zona oriental, Kurt Hager, decía en 1956 de la filosofía de la esperanza: "Hemos creado en el hecho los fundamentos de la libertad, las condiciones materiales previas de una vida libre. Pero la conciencia de esta libertad no se ha desarrollado aún entre nuestros trabajadores". Otro de los contradictores de Bloch, expresa: "Una filosofía mística de la esperanza es incompatible con el marxismo. Que el marxismo sea puesto en juego con tales argumentaciones es una ironía, cuando no algo grotesco. La filosofía de la esperanza es religión, ni más ni menos".

Y así están marchando las cosas para Bloch y Jaspers: repudiados y aceptados a la vez en una y otra parte, en la Alemania artificialmente dividida, más por razones políticas que filosóficas.

Ambos filósofos sufren las consecuencias de discurrir por los campos de la política, aunque sea en un plano puramente teórico.

Si el pensamiento filosófico, como postula el marxismo, forma parte de la superestructura social, querría decir que, tanto Jaspers como Bloch, responden, en el momento actual, a un estado de espíritu colectivo derivado de un cambio en la estructura de ambas Alemanias, cambio del cual no se han percatado aún los propios alemanes, pero que ya ha logrado estimular la sensibilidad de los filósofos.

El problema Bloch-Jaspers no ha sido planteado hasta ahora desde el punto de vista filosófico, sino meramente político. La pasión obnubila todavía los espíritus y la controversia desdibuja especialmente el contenido ideológico de la obra de Bloch, poco conocida en el mundo de habla castellana. No ocurre lo mismo con Jaspers, con cuyo pensamiento nos hallamos más familiarizados, incluso con las polémicas que han suscitado sus libros acerca de la culpabilidad alemana y la guerra atómica.

El hacer filosófico, el pensamiento de los filósofos, cuando se ha-

llan a la altura de los tiempos, adquieren credenciales de eternidad. Responden a un estado de espíritu, a una concepción del mundo y de la vida en un momento histórico dado. Platón, Aristóteles, San Agustín, Tomás Moro, Marx, "alimentaron las ilusiones del pasado" porque respondieron a las aspiraciones de los seres humanos y orientaron sus luchas. Es legítimo, tal vez, aceptar con Jaspers que el pasado no debe reeditarse, pero no podemos negar que tiene vigencia en ciertas ideas, sobre todo en aquellas que no se han traducido hasta hoy en realizaciones concretas. ¿Por qué no podríamos aceptar también con Bloch que la esperanza es un principio dinámico de la historia humana que estimula el espíritu creador del hombre para que el hombre se realice sobre la tierra, en la libertad y la justicia, en ese utópico "Reino de la Libertad", del cual han sido desterrados la angustia y el miedo?